

Divagaciones de un lector con sueño, en torno a «LOS SEXOS, EL AMOR Y LA HISTORIA», de Pedro Caba

V
EL HOMBRE DE HOY

TOCA Caba el problema del hombre de hoy, ese problema en que nos hallamos inmersos, sin que oteemos en su horizonte una raya que anuncie tierra. Fino arquero, tensa y vibrante su curiosidad, al hablar de la presente generación se le escapa, para clavarse en plena diana, esta flecha: «El hombre europeo de 1930 tiene el sentimiento primario y enérgico de ser un hombre provisional, de pertenecer a una generación de tránsito».

Generación, puede añadirse, de la que no quisiera ser más espectador, porque esa terrible facultad de los hombres, la memoria, le dice cómo el ser actor pudiera traerle fatales consecuencias. Y no es que, como teme Rodó, cuando te agregas a una muchedumbre arrebatada por la pasión sientas que tu personalidad quede a merced de aquella fuerza avasalladora, gobernando, al tiempo que te lleva adelante y fija el ritmo de tus pasos, los movimientos de tu sensibilidad y de tu voluntad. Es que ha visto que a sus hermanos de ayer; esos mismos de los que pensaba ser el más inmediato discípulo, se les ha pedido cuenta hasta de sus más íntimos deliquios, aún de aquellos que nada tenían que ver con la influencia que puede ejercer la letra impresa en los más cerrados a la poesía.

Y este hombre se ha hecho, claro está, observador y receloso. Se autoaniliza para preguntarse cómo no puede salir de su marasmo, y termina contestándose que es porque no le nacen deseos de ello. El escarmiento en cabeza de su generación anterior le ha hecho cauto, y como el motor de su interior inquietud nació tenue o fué enfriado en sus comienzos, sus revoluciones, que no sabe si agonizan o se recrean en un movimiento de inercia, no le obligan a encenderse en desazones de renacimiento.

A la terminación de la anterior contienda, la que, con el exceso de imaginación de los que creyeron haberlo visto todo, fué bautizada con el remoquete de Gran Guerra, los hombres se hicieron el propósito de tener buena voluntad, y se dieron a cantarlo a grito libre. No sospecharon que estuviesen cometiendo un crimen. No entró en sus cálculos que la franca risa de su alegría era un dardo que inoculaba veneno en el corazón de los rencorosos y se hallaron, un día, abocados a una segunda tragedia, que es la herencia que hemos recibido. Y tuvieron que pagar dolorosamente el delito de haber querido ver a un mundo feliz.

Hoy las perspectivas son otras. Y, sin embargo, el actual observador está convencido de que el conflicto que se anuncia no está



ALBUM EXTREMEÑO: Cáceres. Torre de las Cigüeñas

tan cercano como se teme. Tal vez ni llegue a serlo. Nunca nos sentimos tan en pie de guerra como cuando vemos pasar y repasar tras nuestras bardas las bayonetas del enemigo, pero en ningún caso como entonces sentimos menos deseos de buscarle camorra. No quisiera equivocarme, pero seguramente que lo mejor que los hombres están haciendo, para conservar la paz, es armarse hasta los dientes. Y esto, que tal vez parezca una paradoja, es una verdad.

Pero, por si acaso... El analista ha establecido su paranza con toda la maestría que los anteriores años le han dado en el «camouflage», y desde allí contempla y reflexiona. Se limita a esas dos funciones, sin disparar jamás, quizá porque le divierte, más que cobrar piezas, ver cómo éstas hacen gala de una gran habilidad para presentar mejor blanco. Esto saca de su contemplación. Y, de sus reflexiones, si aquella cautela denunciada con anterioridad no le impidiese hacer el menor ruido, saca la consecuencia de ser lo conveniente que ello es, al ver cómo la vida, hoy tan difícil, lo es mucho menos si el hombre se desplaza a otras actividades que aquellas para que está llamado. Y es que nos estamos volviendo tan cómodos, que en esa provisionalidad en que todos vivimos no queremos ser responsables de nada. No estamos «en lo nuestro»; y, como no estamos «en lo nuestro», a lo que hacemos le concedemos una escasa brizna de importancia, sin temor a un fracaso que no podría dolernos. Y, de esta manera, todo es provisional. Hasta la envoltura de los cigarrillos.

Mas, apenas este ajeteo constante nos suelta un poco, o el loco girar de la rueda de la vida nos despide de sí en cuanto no encajamos bien en su engranaje, y el hombre hace arqueo de sus inquietudes (1), se halla vacío, impotente o desconcertado.

Tal vez haga falta dejarse arrastrar. Sabe lo que quiere, pero de sus análisis, fríos y esquinados, no saca el calor suficiente para lanzarse solo. Necesita que algo le impulse. Y cuando ese motivo no nos nace del interior, es preciso buscarlo fuera, o plantarse en la vereda ya iniciada por otro para emprender velocidad. Quizá otros pueblos están iniciando su camino.

Francia misma, que tanto recelo nos inspira, pero que está resurgiendo de sus aún humeantes cenizas con asombrosa celeridad, vive un momento de inquietud espiritual discutiendo si Sartre o Camús. Y, en la polémica, se encienden los ánimos y se dicen cosas que dejan rastro. Tal vez el mismo que las pronuncia, que las escribe, que las lanza al viento, mañana trate de rectificarlas pretendiendo que ellas no reflejan su interior sentir, pero ahí quedan para encender a otros que esperaban sólo esa semilla extraviada para que en el seno de su campo espiritual comenzase a germinar un fruto.

Esta ebullición la tenemos apagada. No llegaremos a discutir apasionadamente porque nuestra reflexión nos lo impide. Las secre-

(1) Caba: «Haga todo hombre, de los comprendidos entre los 30 y los 45 años fiel arqueo de sus inquietudes respecto al más puro problema de esta hora, y verá que toda su enorme riqueza interior, oscura y estremecida, se reduce a eso: no saber lo que quiere; ni siquiera saber lo que debe querer».

ciones de nuestro espíritu no brotan a raudales, turbulentas, encrespándose en violentos oleajes, sino irisándose en medrosas placidesces. Y es que antes de decir nuestra razón pensamos la razón del contrario y, sometiendo aquélla a un período de elaboración, nos sale un remedo de ella, una equidistancia entre nosotros y nuestro enemigo. Enemigo polémico, se entiende. Que no se enfade nadie.

En estos últimos años, viejos batalladores espíritus, a los que les damos la tarea de demostrarnos cómo se hace, cuando tal vez les gustase estar repanchigados mirándonos cómo nos desmelenábamos en aparentemente baldías discusiones, han tratado de reencender en nosotros la llama de sus tiempos. Ortega, portador de la antorcha, como un espiritual atleta olímpico en guardia permanente, tras un paréntesis de ausencia, regresa y ve que su sitio está vacío. Se encarama sobre los brazos de su sede vacante y, dando un puñetazo en su pupitre de profesor, grita a los circunstantes, que le contemplan entre asombrados y escépticos: «Tenemos que vernos las caras, jovencitos». ¿Y qué? Ortega lleva dentro de su juventud, que le impide pensar si el seguir solo será porque sus palabras no encuentran eco por no hurgar la entraña del momento actual, y le dice, en cambio, la verdad: que los jovencitos a quienes su arenga se dirigía van por otros derroteros de los que él quisiera llevarlos.

Estos días anda por aquí, también tras otra ausencia preñada de invocaciones y nostalgias, con el nexo de frecuentes comunicaciones de «orilla a orilla», Gómez de la Serna. Veremos lo que Ramón consigue. A lo más, reorganizar unas tertulias por donde se nos irá, en coheteo verbal, la espuma de nuestro ingenio. Después, nada. Nuestro feroz individualismo nos impide el formar grupos. En deportes, en arte, en política, queremos ir solos, ser todos primeras figuras. No tomamos cariño a una causa sino por lo que puede significar de personal lucimiento. Y si en el anonimato le mostramos calor de aplauso o la empujamos gozosos, apenas vemos que nos hemos adiestrado bastante para desprendernos del grupo ululante, hacemos un pinito y quedamos solos en nuestro gozo, con la incierta esperanza de que, a nuestro gesto de independencia, acuden satélites de nuestra órbita, sin que valga a decirnos que ello no será así la consideración del acto unilateral que acabamos de ejecutar.

Siempre los más revolucionarios han sido los poetas. Su alta inspiración se ha escapado al momento presente, y la viva llama de sus vaticinios traspasaba los límites de edad de sus contemporáneos, asombrando a las futuras generaciones por haber entrevisto aquello que está balbuceando en realidades. Hoy ni los poetas se atreven a profetizar. De los apelativos con que se les distingue habrá que borrar ese de vate conque gustaban llamarse los más encendidos en la llama sagrada. La era actual es de la Ciencia, y la poesía está aterrada de ver que sus más atrevidos sueños son terrible corteza antes de que la pluma corra sobre las cuartillas para explicarlos. Sus cultivadores temen que sus alas queden rotas al primer vuelo, y cada mañana otean el horizonte, con el afán de echar su primer paso. Pero el recuerdo del ayer y la zozobra del mañana les obligan a posar

nuevamente la planta en el sitio que anhelaba dejar de ser basa para pasar a ser huella. Y no avanzan.

Así, pues, el hombre de hoy «está con el gesto tonto de saber que el tiempo pasa y, con el tiempo, su generación, y la terrible perspectiva de un ocaso sin gloria y sin eficacia, rota y roída la conciencia por el sentimiento del fracaso de no saber ser», como Caba dice.

VI

EL DOLOR Y LA RISA

Hay una extraña tendencia de los pensadores a despreciar la risa. Caba no se sustrae a ella y, así en la página 496 de su libro, dice: «Reimos superficialmente, pero lloramos con nuestra profundidad de hombres».

Lo malo es que no pueda ese llanto rendirnos. Lloramos como espectáculo. El hombre, cuando está solo, no llora. En la soledad el hombre debiera darse a la meditación y, al considerar la maldad de su vida, si llorase, se arrepentiría; pero no llora, y no se enmienda. Llorar para los demás, para ocultarles aquello que, dentro, le hace indigno de mostrarse sereno y plácido a la investigación ajena. Quien ríe, por el contrario, nos muestra su alma. Quien oculta ánimo de daño no sabe reír. Al menos con risa franca, que es risa sana.

Ya Unamuno, con quien Caba tiene, sin sospecharlo, no pocos puntos de contacto, dijo, con evidente exageración: «Estoy convencido de que resolveríamos muchas cosas si saliendo todos a la calle, y poniendo a luz nuestras penas, que acaso resultasen una sola pena común, nos pusiéramos en común a llorarlas».

Hemos de reconocer que el dolor es más profundo, pero para que lo sienta el hombre cuando se halla solo.

El dolor colectivo engendra odio y desvío. Muchos hombres en desgracia prolongada no acaban queriéndose más y comprendiéndose mejor, sino que las incomodidades y desazones de su estado terminan achacándolas a los que con ellos las sufren y que, por lo tanto, no son culpables de ellas.

Tenemos capacidad de sentimiento para compadecer las desgracias de los demás, para condolernos con los otros; pero esos mismos pasan a ser nuestros rivales si el mismo sentimiento nos embarga, sobre todo si nuestra común desgracia procede de la opresión o del daño que recibimos de otros hombres. Quisiéramos creer que lo que se hace con nosotros es una injusticia, pero si nos ponemos a reflexionar que algún motivo de causa ha de tener en nosotros aquel nuestro estado, jamás entonamos un cántico de arrepentimiento, sino que tratamos de culpar a aquel otro que nos acompañó en las horas que precedieron a nuestro dolor. Y nos atacamos mutuamente, para sólo encontrarnos en un mismo sentir cuando hemos de volver nuestras quejas y nuestras acusaciones contra el común enemigo.

En la alegría, por contra, a nadie culpamos de nuestra risa. Y la risa, si muchas veces contagiosa, nace también de lo hondo del ser. Cuando Caba da cima a un ensayo a entera satisfacción de su pen-

samiento, no se siente entristecido, sino lleno de un júbilo irreprimible. Cuando una comunidad culmina una labor que ha estado salpicada de muchas desazones, y deja el grano en la troje, el mosto en el lagar, los turbios en la almazara, no se reúne a llorar, sino que canta el advenimiento de su bien ganada recompensa. No hay que irse a las juergas con desconocidos. Quien pierde el pudor para embriagarse, ya de vino, ya de alegría, sin un motivo fundamental, y paga para alegrarse, no puede saber de dolores ni de alegrías. No debe, siquiera, contar como ente de referencia en un libro de altos vuelos como el de Caba.

Pero este paralelismo que se acusa entre Caba y Unamuno llega más lejos que una parigual apreciación del dolor como sentimiento. Ambos trinan contra aquellos que no lo cultivan sino que, por el contrario, deforman sus causas para arrancar el beneficio de una sonrisa.

Al humorista, Caba le llama «incapaz de honduras» y «brillante patinador de superficies». También Unamuno trinoó contra los humoristas, y calificó al humorismo de enfermedad, de deformación espiritual, relacionando este retozo del ingenio con los humores fisiológicos. Pero en esa *brillantéz* de *patinar* sobre *superficies* a que el eterno picoteo en todos los temas condenaba a Unamuno, don Miguel no quiso decir que el humor, para aquellos cuerpos no puros de sangre, es un gran beneficio, porque en pequeños manantíos de poros sucios se les escapa lo podrido que, estancado, acabaría convirtiendo su cuerpo en un lodazal. Y, así, tal vez la sociedad se valga de los humoristas para ir eliminando aquellos residuos que le comienzan a ser molestos, y ellos sean unas veces cirujanos que aplican el bisturí de su pluma para reventar flemones y, otras, cuando es la melancolía la que invade el ambiente, saltimbanquis o payasos que arrancan una sonrisa. En último extremo ¿malhumoristas, como quiere don Miguel? Pues malhumoristas. Pero... ¿incapaces de honduras? Dejemos de citar a Molière, a Shaw, a Chéster-ton, a Dickens, a Eça de Queiroz, a los muchos que, con el humor de su pluma, han removido en las profundidades de la conciencia humana y han dejado, burla burlando, no despreciables documentos filosóficos. Concretándonos a nuestro solar, y al presente, y dejando orillado el humor acre de Benavente, fijémonos un momento en el que destila, día a día, en crónicas y libros cada vez más sutiles y poéticos, Fernández Flórez.

No, no son incapaces de honduras los humoristas, si es que, además de serlo, son hombres de talento. Lo que ocurre es que cualquier otro escritor que apenas quiere sentar aires de perennidad se impone la obligación de molestarse si le hacen cosquillas.

Y, por último: quizá el humorista dure menos para la posteridad, porque habiendo de ironizar sobre motivos presentes, cuando ellos se olvidan, con la mudanza de los tiempos, su sátira, carente de sentido, no se comprende y, por el tono ligero, puede parecer superficial. Como lo parece la herida abierta con el bisturí cuando, ya extirpado el tumor, ha cicatrizado.

CÁSTULO CARRASCO

O C A S O

¡La tarde se está muriendo en los brazos de las cosas!
 ¡La tarde se está muriendo, y temo quedarme a solas
 con el cadáver sangriento del Sol, en las altas copas!
 Por la inmensidad de un llano, voy con mi dolor a solas,
 densas tinieblas me envuelven, dudas y temor me agobian,
 el cadáver de un recuerdo me sigue como una sombra,
 un hielo de realidades ata mi fantasía loca.
 Los sueños huyen, se alejan, mi sonrisa me abandona.
 La corteza de mi espíritu, ya de tan vieja, musgosa,
 no da paso al sentimiento, y luchando voy a solas
 hacia aquel álamo verde que lejos mece su copa;
 pero el camino es muy largo, veo como avanzan las sombras.
 La tarde muere, y yo tengo miedo de quedarme a solas
 con el cadáver sangriento del Sol, en las altas copas.

M.^a LUISA CHAMIZO

ESTAMPAS

I

Una berlina azul
 la calle va paseando,
 con la mocita cursi
 y el caballo castaño.

¡Quién fuera así, mocita,
 «peco» de contrabando,
 repartiendo tontadas
 como plumas de ganso!

II

Otro domingo a la calle
 vestido de ciudadano.

Un mundo de avispas llevo
 por el cuello almidonado.

M. GUTIERREZ DE LA FUENTE